

REVISTA
 REVISTA ILUSTRADA DE ARTES LETRAS &
ARIEL UMA

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

DIRECTOR — CLEMENTE PALMA

AÑO III

Lima, á 24 de agosto de 1907

NUM. 53



La canción de Rolando
(Cuadro de G. Bussiere.—Salón 1905)

Ensueños mitológicos

«... El mundo no se salvará sino volviendo á tí, repudiando sus aficiones bárbaras. ¡Corramos, ven-gamos unidos! Qué hermoso día aquel en que todas las ciudades que se han apoderado de trozos de tu templo, Venecia, París, Londres, Copenhague, repararán sus robos, formarán teorías sagradas para devolverte los trozos que poseen, diciendo: «¡Perdónanos, diosa; fué para salvarlos de los malos genios de la noche!» y reconstruirán tus muros al son de la flauta, para expiar el crimen de Lisandro...»

Plegaria en la Acropolis.—RENAN

Y después de leer esas hermosas líneas del herético, impío y apóstata sabio quedó fijo en mi imaginación el concepto de un encantador regreso de los dioses. La diabólica influencia que turbara malignamente la ortodoxia de mi encandilada fantasía en la vigilia, persistió más intensa en las horas del sueño. He aquí como mi indomable imaginación forjó el pecaminoso ensueño en momentos de inculpable efervescencia. Relato el cuadro como una expiación pública, como una humilde confesión de las miserias y debilidades de esa facultad libérrima que no cede ante los horrores de una condenación, que con frecuencia pobló de ignominiosas visiones las meditaciones de los santos y que turba diabólica y deliciosamente las noches de los jóvenes subdiáconos.

... Hallábase desgajada la gran puerta de oro de los cielos, y una de sus hojas había aplastado al anciano portero. Los centauros al empuje de sus pesados cascos, y Hércules, á los golpes de su formidable maza, las habían arrancado de sus ejes diamantinos; el buen semi-dios atleta había aprendido de Sansón, durante su larga estadía en los Infiernos, el arte de derribar las grandes puertas. Los antiguos dioses se habían precipitado en tropel devastador en el Empíreo. Los ojos de los invasores tenían el brillo sanguinario de las venganzas, y por todos lados se había entablado la lucha.

Los ángeles blandían desesperadamente sus flamígeras espadas sobre los antiguos despojados, y estos atacaban y se defendían con espadas cortas y anchas, como los heroes de la Iliada, y con pequeños broqueles de bronce que tenían grabadas testas de Medusa. Mas allá luchaban los arcángeles contra los centauros, y el suelo estaba lleno de grandes manchas sangrientas y de miembros amputados, de divinidades moribundas y de cuerpos de bestias híbridas que se retorcían en los estertores de dolorosas agonías...

Las furias, las estinfálidas, las oceánidas, se hallaban en revuelta confusión con los mártires, santos, dominaciones y tronos. Saturno, Minerva, Vulcano y Marte se repartían en los diversos grupos asaeteando y recibiendo heridas. ¡Oh Dioses! Iban á ser vencidos por segunda vez y ya la alegría del triunfo se pintaba en los rostros de los celestiales moradores. Jove yacía agonizante á los pies del Padre Eterno. En aquel momento varios coros de vestales asomaron sus cabezas curiosas por las derruidas puertas, y entonaron los cánticos de

Tirteo. Al oírlo los desalentados dioses paganos se entusiasmaron, duplicaron su esfuerzo y á poco lanzaron un grito de triunfo que repercutió formidable por todos ámbitos del cielo. ¡Oh inmensa desventura! El Divino Padre había rodado la escalinata del empíreo traidoramente asesinado por el dios niño, el niño al que rinden culto todos los seres vivos, Cupido, que había disparado certera saeta á las sienes del Ser Supremo... El pérfido disparó á la cabeza y no al corazón, porque bien sabía el traidor que el amor que mata es el amor cerebral. También Jesús, el buen Jesús se veía amenazado de muerte; rotas sus armas y rodeado de enemigos expresaba en su hermosa y divina cabeza la resignación tranquila y el valor sereno de las grandes almas. Apolo el no menos bello Dios, de pié es su carro tirado por alborotada cuadriga de caballos blancos, ensangrentados por las heridas de los flancos, preparaba su lanza para matar cobardemente al desarmado Maestro, cuya hermosura serena y dulce le exasperaba... En ese momento Afrodita, alba, resplandeciente, admirable de gracia y hermosura, se interpuso entre el irritado vencedor y el bello vencido, se interpuso protectora y benévola, deteniendo con ademán imperioso la vengativa acción del padre de las musas. El águila de Jove había desgarrado con su formidable pico al Paraclete que era presa de los perros que devoraron á Acteón.

Pero la más inicua y despiadada represalia se verificaba detrás del desierto trono, en el sitio en que las angustiadas vírgenes y santas contemplaban con desolado rostro la derrota de las divinas legiones. Los faunos y los sátiros, como jauría de canes rabiosos se precipitaron sobre ellas encendidos los ojos por innobles pasiones y las raptaban sobre sus hombros musculosos con el fin de llevarlas á las escondidas florestas y penumbrosos bosques de la Arcadia. Pero de pronto hubo un estallido formidable que estremeció los cielos, é hizo que los sátiros soltaran sus presas para huir aterrados en desbandada. Satan,—que había sido quien puso en libertad á los antiguos dioses y atizado en sus espíritus el ansia de la reconquista de los cielos, á fin de vengarse del Eterno Padre—había comprendido que en el nuevo reinado no tendría sitio, que su nombre serviría de burla á los niños de las nuevas generaciones, y que su prestigio moriría con el culto vencido. Carón le espulsaría de su puesto y á la menor demostración de hostilidad ó rebelión sería arrojado como carroña inmundada á las fauces del Cancerbero. Entonces, tardíamente arrepentido de su error hizo un enorme conjunto de todos los pecados, vicios y pasiones de la Humanidad y les prendió fuego. El estallido fué espantoso y no quedó ser viviente en la superficie de la tierra. El mismo Satán quedó muerto entre las ruinas de la Humanidad. Los titanes volvieron entonces á levantar hasta el cielo las cumbres del Olimpo y del Parnaso y reedificaron la morada de los Dioses bajo los insuperables modelos antiguos... Fué necesario crear una nueva Humanidad y ella surgió sana, fresca y viril de los flancos de la Diosa del amor y la belleza.

Sobre los escombros de las iglesias, sinagogas, pa-

gogas y mezquitas se alzaron de nuevo los eurítmicos templos á Venus.

•Quinientos siglos después de la catástrofe del cielo cristiano encontró un sacerdote del nuevo Partenón, entre unas excavaciones, un libro en cuya tapa había grabado una cruz de acero y en una de cuyas primeras páginas decía:

—Dios te salve María, llena eres de gracia, el señor es contigo, y bendita eres tú entre todas las mujeres....

Repitió una y diez veces la lectura y no comprendió lo que en ella se quería expresar.

—Debe ser una invocación á Venus—exclamó indeciso.

Pero un viejo sabio, una especie de filósofo cínico que sabía todo lo que era inútil saber y al cual enseñó la

enigmática página, después de mucho hojear y remirar el libro y después de mucho cavilar expuso su opinión:

—No es una invocación á Venus. Allá en mi lejana infancia le oí decir á mi bisabuela que á la bisabuela de su bisabuelo le había referido un sabio sacerdote de Palas que antes de que existieran nuestros Dioses los hombres estaban en estado de barbarie, y adoraban á un Dios que al mismo tiempo era hombre, y adoraban también á la madre de este Dios, la cual no era diosa pero no obstante de ser madre era virgen. Esta mujer se llamaba María y el Dios, hombre se llamaba Kreiston....

El sacerdote de Venus por toda respuesta soltó una carcajada de incredulidad y exclamó alejándose:

—¡Pobre Dyonisos! Has bebido mucho!

CLEMENTE PALMA.

ÍNTIMA

Cuando nací, la guerra
llegaba hasta la sierra
más alta de mi tierra
y al poner de repente
mi pié dentro de un charco de sangre, el charco hirviendo
con una de sus gotas me salpicó la frente.

Me arrulló la armonía
de la trompetería.

de la que es sólo un eco toda mi poesía;
y como fueron años de pólvora y fragor
los de mi infancia, el beso de mi madre era flor
de púrpura, y su abrazo serpiente de dolor....

Yo no jugué de niño; por eso siempre escondo
ardores que, estímulo con paternal cariño.

Nadie comprende, nadie, lo viejo que en el fondo
tiene que ser un hombre que no jugó de niño. ...

Recuerdo que á su lado
mi madre me tenía,
aquel siniestro día
en que escuché espantado
sonar el destemplado
clarín del vencedor,
—¡Escúchalo!—decía

mi madre. Y lo escuchaba, lo escucho todavía,
lo escucharé hasta cuando resuene otro mayor.

Por eso hoy que me inspira
ese recuerdo henchido de la más santa ira,
los nervios de mi madre son cuerdas de mi lira....

Después, mis dieciocho años corrieron como río
sinfónico por entre cañaveral bravío
Bebí en el tosco vaso de las revoluciones,
me retorcí entre lieros, erré por las prisiones;
y yo que no fuí niño, me decidí á ser hombre.
Antes de tiempo supe del calabozo obscuro
y el pan amargo y duro:
pero dejé mi nombre
escrito en letras rojas sobre la cal del muro....

Cuando alcancé una sola sonrisa de la suerte,
fuí al trópico. Ví tanta naturaleza fuerte
que mis ojos ya hechos á esas grandes visiones,
las devuelven ahora dentro de mis canciones.
Tal es cómo mi verso finje una ceiba enhiesta
á cuyo pie dictaron cien caciques sus leyes
y bajo cuya sombra pueden dormir la siesta
veinticinco pastores con sus cincuenta bueyes....

Esta es mi breve historia de nave en torbellino.

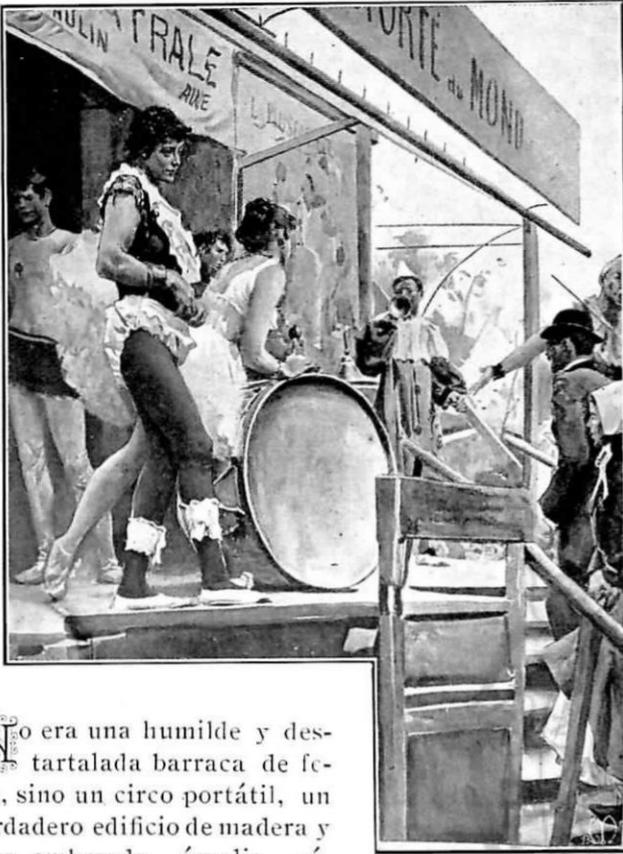
Osado peregrino,
zarpé contra el Destino,
y en medio del camino,
sentí un amor que vino
como caricia suave....

¡Mujer: tú fuíste á modo de un pájaro marino
caído en la desnuda cubierta de mi nave!....

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



La pantomima de los leones



No era una humilde y des-tartalada barraca de feria, sino un circo portátil, un verdadero edificio de madera y lona embreada, amplio, cómodo y casi lujoso, el que servía de teatro á la notable *troupe* gimnástica dirigida por el clown Jorris, famoso inventor de la pantomima de los leones.

Las maderas de aquella inmensa construcción, á semejanza de las piedras de la Torre de Babel, habían oído casi todos los idiomas: pues Jorris iba con su numerosa compañía y su circo portátil de ciudad en ciudad del mundo, sin importar-le un ardite que para arribar á la nueva etapa se le interpusiesen grandes cordilleras ó extensísimos mares.

Así solía él explicárselo á la multitud desde la plataformas de su circo y en un idioma formado de retazos de todas las lenguas, mientras los individuos de su *troupe* exhibían sus trajes ó sus musculaturas en torno del orador, y los leones encerrados en la jaula rugían de aburrimiento haciendo retemblar con sus rugidos las maderas del circo.

La pantomima favorita de Jorris era la siguiente: salían Miss Emma y él á la pista mirándose cariñosamente como amarteladísimos amantes, y á una expresiva invitación de Jorris sentábase ella en una silla, y el clown, como para demostrarle la fuerza de su cariño, comenzaba á levantar del suelo incommensurables pesas... de cartón pintado.

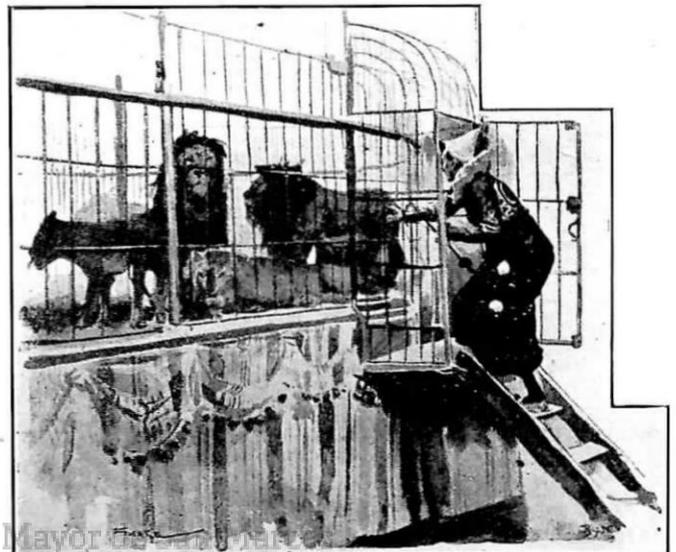
Miss Emma, la domadora de leones, veía al principio con afectuoso asombro aquellas proezas, pero poco á poco su mirada se distraía, como si buscarse mejor empleo, por las localidades del circo. Notábalo Jorris, y con ce-

losos gestos hacíasele notar también al público, el cual comenzaba á reirse.

Cambia el clown de habilidades con objeto de conquistar el corazón de la domadora, abandonando las terribles pesas para inaugurar una serie de saltos mortales que demuestran la vigorosa agilidad de sus músculos, y cuando terminada la gallarda serie busca la mirada de Miss Emma para saborear el más codiciado premio, observa con rabia que la domadora, descuidada de sus trabajos, tiene fijos los ojos en un joven guapo y elegante (individuo, por supuesto, de la *troupe*) que presencia la función desde una de las localidades del circo.

Los desesperados gestos del clown, sus espresivas amenazas arrancan estruendosas carcajadas á todos los espectadores. Pide por último aquél á los dependientes del circo una mesa y una escalera altísima, coloca ésta sobre aquellas, y haciendo prodigios de equilibrio trepa por sus peldaños con la agilidad y la destreza de un felino. Indudablemente este arriesgadísimo trabajo va á proporcionar-le la dicha soñada, el amor de Miss Emma; pero una vez en lo alto de la escalera ve que la silla de la domadora está vacía, arrojase de un salto á la pista y sale disparado en persecución de la pérdida hacia la localidad ocupada por el joven guapo y elegante. A su lado está efectivamente, la domadora en dulce cháchara con el coquetón mancebo. Huyen los dos al ver á Jorris y éste, cayéndose aquí y volviéndose á caer allá, sigue airado y descompuesto á la gentil Miss Emma por todas las localidades del circo, por los pasillos, por el vestuario, entre las risas frenéticas del público, á quien aquella grotesca expresión de los celos produce más regocijo que pena le causaría la trágica explosión de las angustias de Oteló.

Y mientras dura el juego de la persecución, los individuos de la *troupe* colocan en el centro de la pista la jaula de los leones. Salta á aquella Miss Emma, siempre seguida por Jorris, abre rápida la puerta de la jaula y



se lanza entre las fieras, cerrando violentamente tras sí la férrea cancela.

El clown queda un momento estupefacto, pero al fin, señalando á los leones exclama trágicamente: «¡Ellos me vengarán!»

La pantomima ha concluído; cesan las risas del público y estallan atronadores los rugidos de las fieras.

Pues bien, una noche trabajando Jorris con su *troupe* en una de las principales ciudades marítimas de Francia, ocurrió dentro del circo el extraño suceso siguiente. Salieron el clown y la hermosa domadora á la pista, y comenzó como siempre la pantomima de los leones, produciendo la acostumbrada hilaridad del público. Pero al salir Jorris desde lo alto de la escalera y correr disparado al sitio convenido para sorprender á la traidora en animado diálogo con el mozalbete conquistador, vió lleno de asombro que ni Miss Emma ni el joven gimnasta hallábanse en la localidad del circo designada previamente. Imaginó que Miss Emma había sido víctima de algún accidente desgraciado ó de una súbita enfermedad, y tambaleándose, porque era cierto que entrañablemente la amaba, saltó de nuevo á la pista para interrogar á sus compañeros. El público, seguro de las gracias de su clown predilecto, creía que éste inventaba nuevos lances para animar la pantomima, y reíase por adelantado co-

mo un niño satisfecho. Los compañeros de Jorris sólo pudieron unir su asombro al del clown, ignorando el paradero de la amartelada pareja, y entonces el infeliz, presintiendo toda su desgracia recorrió con gestos de desesperación no fingida las localidades, los pasillos, los mil y mil rincones del circo gritando con voz desgarradora: ¡Emma! ¡Emma! Jamás se desató más briosamente la brutal risa del público, entusiasmado con la tragedia, que para él continuaba siendo farsa pantomímica.

Ya habían sacado la jaula de los leones á la pista cuando Jorris, ciego de ira y de dolor, tornó á ella acosado por la risa de los espectadores, para interrogar de nuevo á sus compañeros. Llegó al grupo que éstos formaban, y oyó una voz que decía: «Los miserables han huído en un coche.» Dió un grito, que desgarró el coro de carcajadas de la multitud, y atropellando á los gimnastas que intentaban detenerle, precipitóse á la jaula, abrió la puerta y se arrojó en medio de los leones como presa de sus garras.

Los leones se acercaron á Jorris desentumeciendo sus miembros, y . . . le lamieron las manos.

De este modo quedó patente, gracias á la desventura del clown, que entre una mujer traidora, un público que se ríe y una manada de fieras, éstas son las menos crueles.

JOSÉ DE ROURE.

A Ruben Darío

Pienso al verte en el Gólgota iracundo
donde te infligen sátiras agudas,
que estirpe hicieron Barrabás y Judas
y más de un Cristo sangra por el mundo.

El nimbo llevas de los santos reos
que fueron de las almas sembradores
é hirió y clavó en el leño de dolores,
la turba de villanos fariseos.

De ellos, ni un gesto de piedad demandes—
ino imploran de los míseros los grandes!—
y, altivo, diles:—Continuad, malvados:

desde la Cruz de mi gloriosa vida,
puede soñar aún con la sien partida,
puede volar aún con los pies clavados!

MANUEL S. PICHARDO.

Las obras del sol

Vuelve con sus canículas eternas
el azul de la aurora á ser ventura;
las noches mecen en su astral hondura
un húmedo silencio de cisternas.

Domestica la tarde ovejas tiernas,
el arrullo se intima en la espesura.
La falda clara, menos grave, augura
una pulgada más de lindas piernas.

En pródiga sazón de resolana,
el sol hace negrear la uva profana:
arde en rosas bucólicas el cesto

de la pastora, y con amor de artista,
en la barba del viejo pone un gesto
sobrio y jovial de sátiro flautista.

LEOPOLDO LUGONES.



Gómez Carrillo y el Barrio Latino



Una legión de simpáticos estudiantes, españoles y americanos, reunióse anoche en uno de los cafés más clásicos del barrio latino, en el café d'Harcourt, para festejar los triunfos literarios de Gómez Carrillo, que acaba de regresar de su interesante viaje por Argelia, y que de paso para Alemania deteníase unos días en París, en donde ha publicado un nuevo libro, *El alma japonesa*, vibrante, poético como todo lo que sale de su pluma; lleno de color, de luz y de vida. El motivo de la fiesta era la publicación de *El Nuevo Mercurio*.

Gómez Carrillo ha cantado muchas veces, con su prosa admirable, las glorias del barrio latino de París.

Ayer, estudiantes que hablan lengua española, y forman su corazón y su inteligencia en el ambiente de amor y de libertad que se respira en torno de la vieja Sorbona, entonaron himnos de admiración en su honor, en honor de su hermosa obra literaria. En el barrio latino viven muchos grandes recuerdos históricos de París. Los días luminosos, para la literatura y para el arte, de Luis XIV y Luis XV; los ecos cortesanos de la originalísima época de Luis XVI; las horas incomparables, llenas de escenas trágicas, de la mayor parte de las revoluciones que ha conocido la humanidad, de la Revolución preparada por la Reforma del siglo XVI y por la filosofía de los siglos XVII y XVIII; los tiempos fugaces de un Imperio sin igual en la Historia... todo cuanto Francia ha sido, y todo cuanto Francia es, ha pasado por el barrio latino, dejando en sus pintorescas calles y en sus monumentos soberbias huellas y trazos perdurables.

Hoy el barrio latino atesora buena parte de la *matéria gris* de París, y en sus bailes y en sus cafés, y en sus bulevares, imperan las grisetitas más guapas del mundo.

Gómez Carrillo respondió al entusiasmo de sus admiradores con una página literaria hermosísima.

Hela aquí:

"Queridos amigos: Yo soy de los que nunca han dudado de la existencia del barrio latino. Pero si un día los discursos tristes de los escritores, que aseguran que ya no hay juventud, ni alegría, ni amor, ni bohemia en este viejo y venerable *quartier*, me hubieran hecho dudar de mis propias impresiones, la fiesta de esta noche volvería á fortalecerlas. Porque si vosotros habéis tenido la idea de invitarme á cenar, es que sabéis que yo soy uno de los cantores más apasionados de la vida estudiantil, tal cual aquí se entiende y se practica, que es el mejor modo de hacerlo, puesto que es el modo más completo y sentimental.

Ved, si no, lo que pasa en otras ciudades gloriosamente universitarias. En Oxford se bebe y se estudia, pero no se ama: el amor está desterrado de la ciudad ilustre. En Heidelberg también se bebe, y además se canta, lo que ya significa un progreso, pero tampoco se ama: el amor tiene miedo á la disciplina alemana. Aquí, en cambio, se ama, y se canta, y se bebe, y se sueña.

Yo podré olvidar de mi vida todos los minutos, aun los más luminosos; podré olvidar el espectáculo de las ciudades extrañas que he visto en las márgenes de los golfos lejanos, en los picos de las montañas santas, en el fondo de las llanuras ignotas; podré olvidar los días de triunfo y los días de fiebre, pero mis noches del barrio latino, noches de estudio, de ilusiones, de locuras, de caprichos, de pasiones, no las olvidaré jamás... Y esto que yo os digo, vosotros lo diréis mañana, si sois sinceros. Aquí habéis amado por primera vez, y cualquiera que sea el porvenir que os aguarde, y cualquiera que sea el país en donde os encontréis cuando vuestras cabelleras principien á blanquear, un soplo eternamente fresco os acariciará de vez en cuando el alma. Y ese soplo será el recuerdo de nuestro barrio latino.

¡Oh! *quartier* venerable y adorable, en donde las risas animan, con su perpétua juventud, los muros carcomidos por los siglos! Cuando yo vuelvo aquí, atraído por un poder misterioso que me hace preferir sus calles á todas las calles del mundo, experimento como la verdadera impresión del patriotismo satisfecho: hablo del patriotismo de mi alma; pues mi alma, mi alma consciente, nació aquí. Aquí oyó por primera vez la voz de la libertad intelectual. Aquí sintió que el estudio puede convertirse en una pasión cuando está de acuerdo con la vocación. Aquí, en fin, se embriagó con los besos de las musas de entonces, que, sin ser viejas todavía, son ya las hermanas serias de las musas nuevas. Pero, ¡qué digo! En la vida de esta ciudad de la juventud, nada envejece. Los que envejecen son los que se van, los que salen de sus muros.

No hay más que recordar dos ejemplos universales para convencerse de ello: el primero es el de Verlaine; el segundo el de Moreas. Verlaine murió aquí, y á pesar de sus sesenta años, murió joven, porque fué ciudadano de esta ciudad. El segundo, que tiene ya plateada su bella cabellera lírica, scríbe siempre aquí.

Esta es, os lo seguro, la patria imperecedora de los corazones jóvenes; y vosotros lo notaréis mañana, como yo lo noto ya; vosotros veréis que, cuando en un país lejano, alguien os diga que ha sido estudiante de este barrio, que ha pasado las noches en este d'Harcourt, que ha oído la voz de estas sirenas, que se ha embriagado en estas copas,—y en estas bocas—encontraréis en el acto, aunque se trate de un chino, que es vuestro compatriota.

Brindemos, queridos amigos, por nuestro barrio, por nuestros sueños, por nuestra fraternidad."

Gómez Carrillo, al concluir su discurso, fué objeto de una gran ovación.

En el pintoresco café d'Harcourt hubo risas, alegría, juventud... Por sus puertas entró, llenándolo todo, para festejar á un literato español, el ambiente amable del barrio de los estudiantes.

JUAN DE BECON.

FLOTA DE FLORES

Homenaje á América

Pensamientos con caras de duendes
que asomáis vuestros rostros extraños
en los españoles jardines: tejeos
en la trama de un íntimo ramo
y volved hacia América insigne
vuestras risas, colores y labios.
De Sevilla oriental venid brotes
de azahar, floración del naranjo
que al pie de la aérea Giralda
os copiais en el río temblando
De Valencia venid, amplias rosas,
cual tazones de pétalos blancos,
copas de un champagne de luz, donde tiemblan
las burbujas solares bailando.
Venid las magnolias de Séneca y Góngora
que echó el arriate del patio,
anchas como un caliz de misa, y solemnes
cual ofrendas de un rito sagrado,
que en Córdoba ilustre sus hojas despliegan
y aroman el aire como un incensario.
Venid estallantes corolas de fuego
de los clavelones de seno encarnado
que os llenáis, en Málaga, de sol y de abejas
que van recitando
versos de Virgilio, versos de Teócrito,
al irse en vendimias de azúcares aureos
extrayendo del fondo pajizo
de los vegetales y abiertos sagrarios.
Venid de Galicia la dulce,
la de coplas de felpa y de raso,
la de pávida flora divina
de ideales colores románticos
Venid tristes ramos de lirios dolientes
con ojeras de cercos morados,
y venid madre selvas de lágrimas
que estalláis cual cohetes de rayos,
que estalláis cual cohetes de pétalos
en las puntas flexibles del tallo.
Y de Asturias venid las rientes
flores del manzano,

heraldos de pomas de oro
cual ánforas llenas de líquidos agrios,
que en los nobles lagares se vierten
y cuajan la sidra de sol fermentado.
Venid tramas de olivo aceitoso
cual una alba túnica rendida del árbol,
que trasciende á feraz paraíso
y blanquea los fértiles campos
donde el Bétis se extiende y dibuja
en su espejo olivares y pámpanos.
Almendrales de jugo extremeño,
enviad vuestros toldos nevados
vestidos con flores de estrellas
que forman, por leguas, el velo de un palio.
De Aragón, Cataluña y Granada,
venid ríos de flores rodando
á llenar las cien flotas que esperan
para hender el magnífico Atlántico,
como una epopeya sublime de flores
con rumbo hacia el suelo de América santo,
y se desparrama en sus plazas gloriosas,
sobre sus altares, sobre sus palacios.
Ya que no he de veros triunfales repúblicas
con quienes estuvo mi vida soñando,
y no han de besar vuestra tierra
temblorosos de dicha mis labios;
ya que habrán de cerrarse mis ojos
sin haber en su fondo copiado
tus ciudades, tus montes, tus ríos,
tus selvas, tus pájaros,
y no habrán de pasar tus paisajes
por las puertas de luz de mis párpados,
te envío mis flotas de flores,
mis escuadras de cálices mágicos,
para que las vuelques América libre
sobre tu escenario,
y de punta á punta se quede tu suelo
de flores de España inundado!

SALVADOR RUEDA.

Madrid, Junio de 1907.



EL "REAL FELIPE"

ESPERANZAS DESHECHAS

I

El cabo del «Real Infante», don José León, llegó á la huerta de Presa el 17 de julio de 1818.

El arrendatario Pagador le miró el rostro, del que había desaparecido el sello de la alegría, su rasgo característico y, alarmado, le preguntó:

—¿Qué hay José?

—¿El comandante? interrogó el cabo.

—En su habitación, contestó Pagador.

Don José Gómez leía cuando se le presentó el cabo.

—¿Qué noticias tenemos, León?

—Malas, mi Comandante.

—¿Se ha descubierto el plan?

—No creo, pero en la mañana de hoy llegó al Callao el batallón del «Número», y su jefe, el Marqués de Casares, presentó orden del señor Inspector General para que el del «Infante» viniese á Lima, para la función del campo volante, lo que se ha cumplido.

La sangre de Gómez se le concentró en el corazón, y comenzó á pasearse, meditabundo y con los brazos cruzados.

—¿Habrán denunciado el proyecto al virrey?

—No me parece mi comandante. Todos los comprometidos somos peruanos y patriotas, y no hay uno solo de ellos capaz de tal vileza. Además, en la plaza no han tomado medida alguna de precaución. (1)

—¿Tendrán sospechas del «Infante»?

—Tampoco lo creo, porque entonces no le habrían traído á Lima, ni hubieran dejado en la Plaza á tantos, inclusive Zaura, Ramírez y yo. Aparte esto, mi Comandante, si supieran el proyecto no habrían enviado á los milicianos del «Número», desprovistos de fornituras, formado con criollos en su mayoría, y que carecen de toda disciplina.

Lo que afirmaba el cabo León era cierto: habían quedado en el castillo de los pertenecientes al tercer batallón del regimiento «Real Infante don Carlos», el capitán de la segunda compañía don Ignacio Sáenz, atacado de fiebres palúdicas; el teniente don José Matos; el tambor de la quinta compañía Juan Martínez, y soldados hasta el número de cuarenta, de los cuales veinticinco fueron á reforzar el castillo de San Miguel al mando de Matos, la noche en que se frustró el proyecto. (2)

—Es verdad, decía Gómez. Habrían cambiado el destacamento, reforzado la guarnición y adoptado medidas de seguridad. Es claro: Lima quedará desguarnecida con motivo del campo volante, y como temen más aquí que en el Callao traen el batallón del «Infante», que es de línea, bien disciplinado y en el que tienen confianza.

—Así opino, también, yo, mi Comandante.

—Lo positivo es, continuo Gómez, que el plan ha fracasado, y que habrá que aplazarlo hasta otra oportunidad. . . .

—Si me permite, interrumpió León, le daré mi parecer.

—¡Habla!

—Puede todavía llevarse adelante la empresa. En el castillo hemos quedado Zaura, Ramírez y yo con treinta y cinco á cuarenta soldados del «Infante», todos adictos.

(1) León se equivocaba. Conocían el plan y eran colaboradores en la empresa, el español Pascual Hurtado, antiguo insurgente y prisionero; otro español, el cabo del «Infante» don José Zaura, y un chileno, Mateo del Campo.

(2) Declaraciones de Saenz, Matos, Ramírez y Zaura.

Estos, unidos á los prisioneros, y á los comprometidos, forman un total como de sesenta hombres resueltos y valientes, capaces de habérselas con los milicianos del «Número», que, como criollos, no servirán con mucha decisión á los chapetones.

—Es verdad. . . .

—Sólo si, prosiguió el cabo, que necesitáremos unos pocos hombres más para aumentar nuestro efectivo.

Pagador que hasta entonces se había limitado á escuchar, intervino en la conversación, diciendo:

—En Lima no faltan hombres, para cualquiera empresa, con tal de que en ella ganen algo.

—¿Y el secreto? preguntó Gómez; y después de reflexionar un momento, continuó:

—Eso es: engañarlos. Se trata de un contrabando y de obtener gente para extraer las mercaderías. . . . León: vaya al Callao y estudie las condiciones de la fortaleza con la nueva guarnición, diga á los amigos que no desmayen y venga mañana.

Saludó el cabo militarmente y salió.

II

Mientras José León marchaba al Callao, don José Gómez se puso á escribir cartas dirigidas á Mariano Casas, al doctor don José Nicolás del Alcazar y á un chileno Mateo del Campo.

El mismo Gómez, en su última confesión, revela el objeto de esas comunicaciones, diciendo: «Que las cartas escritas al pretexto del contrabando fueron con el fin de atraer gente á su partido y seducirlos para el asalto, lo que efectuó de su propio puño, firmándolas con distintos nombres á excepción de la de Alcázar que fué de letra de Pagador». (3)

La siguiente se ha conservado original escrita por el Comandante Gómez á Mateo del Campo, y entregada á éste por Pagador.

Sr. D. Mateo del Campo.

Callao, 17 de julio de 1818.

Paisano amigo y dueño:

He logrado comprar en la fragata inglesa catorce mil pesos. Todavía tengo los efectos abordo: Necesito de su amistad para que me haga espaldas para poderlos desembarcar, y, así mismo, que vea algunos amigos de su satisfacción que yo á cada uno le daré trescientos pesos y un par de vestidos, que á usted será otra cosa; pero que los amigos sean de su satisfacción para con todos ustedes conducir los dichos efectos á esa ciudad.

El portador de esta dirá á usted donde ha de ir, y espero su contestación para mi gobierno, y, en el entretanto queda de usted su amigo y paisano

Q. S. M. B.

Diego López. (4)

La esquila para Alcázar estaba firmada por Manuel Gómez.

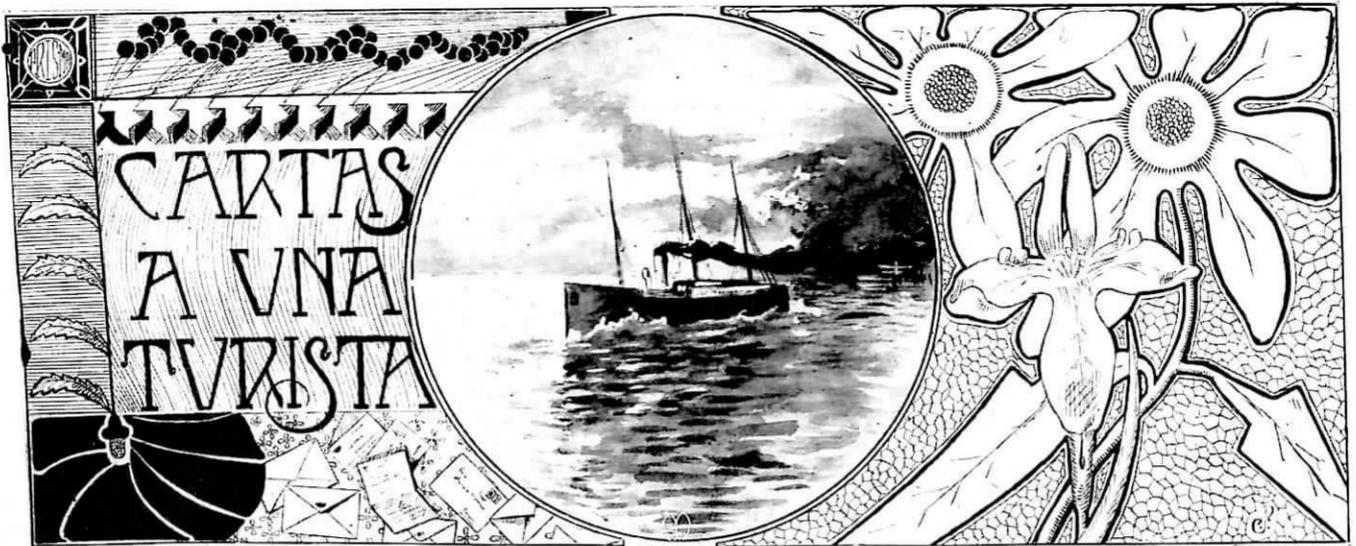
Escritas todas, Pagador se encargó de entregarlas á las personas á quienes iban dirigidas, á la vez que de citarlos para una reunión que debían tener en el siguiente día.

(Contmúa)

LA FIESTA DEL CLUB CICLISTA



1 La terraza.—2 Nudo de guerra.—3 Salto alto.—4 Salto de garrocha.—5 Salto largo.—6 Un salto respetable de garrocha



¿Qué es de tí, amiga mío? ¿En las arenas de qué playa dejan sus huellas menudas tus piecitos calzados de blanca lona? ¿En qué centro cosmopolita, en Baden.—Baden, en San Sebastián, en Trouville, en Biarritz, paseas, durante las luminosas mañanas estivales, tu apostura juvenil, realzada deliciosamente por la alegre indumentaria veraniega, el piqué immaculado, la vaporosa muselina, el sombrero campana, amplio y florido, que sombrea suavemente tus ojazos criollos y tu tez sonrosada, protegida por el velo á lo *chasseur*? ¿En el casino de qué balneario se escucha tu risa argentina, tus discreteos ingeniosos, tu delicado *flirteo*, (no protestes) en el que ponen su nota de fina espiritualidad la gracia armónica de tus ademanes y el levísimo matiz desdenoso de tu acento? ¿Dónde te hallas, viajera infatigable, corresponsal olvidadiza, que ves correr los días y las semanas sin darme noticias de tu ingrata personita? La pérdida del *Colombia*, de seguro, te vendrá de perlas para disculpar tu largo silencio; va á dar la casualidad de que, precisamente, en ese vapor viniera un verdadero protocolo tuyo, que ha ido á dar al fondo del mar y no á mis manos; siempre hay irregularidad en las conexiones, descuidos en el servicio de correos y hasta catástrofes ferroviarias ó marítimas para disculpar la pereza epistolar, peculiar á media humanidad y de la que yo no participo, pues no encuentro nada más cómodo que estampar en el papel unas cuantas frases de condolencia ó felicitación que me ahorren las tristezas de una visita de pésame ó las banalidades de una congratulación de cumplimiento; ni nada más grato, entre seres á quienes la distancia separa y el afecto une, que cambiar cartas, que se leen con avidez, se releen con deleite y se contestan con expansión.

No creas que esta apología de la correspondencia sea una manera diplomática de censurar tu informalidad; no es eso, ó, mejor dicho, no es solo eso, pues aunque no medie mi propio interés, tengo un gusto decidido, una

viva afición por estas silenciosas demostraciones de ideas y sentimientos, en que las naturalezas tímidas y reservadas adquieren cierto espíritu confiado y comunicativo, las sencillas se expresan con ingenuo desatino, las vanas y superficiales esparcen las flores de trapo de una fraseología cursi y altisonante y las privilegiadas, que saben vestir con las galas de la frase la belleza del pensamiento, ponen el sello intensamente sugestivo de su personalidad.

Tal ocurre, por ejemplo, con las *Lettres à Françoise* de Marcel Prévost, en las que el autor abandona su punzante ironía de novelista mundano para dar á las pollitas, personificadas en su sobrina, consejos nobles y prácticos. Prévost sabe que á los ojos curiosos y á los labios risueños de las pollitas se asoma una almita dócil; y, halagado por el interés que despierta en su gentil público, diserta, de manera encantadora, sobre los recuerdos de familia, sobre los sistemas de instrucción, sobre las ocupaciones domésticas, sobre los peligros del lujo, sobre los inconvenientes del *flirt*... Y cuando más posesionado se halla de su papel de tío predicador y más enorgullecido de la influencia poderosa que ejerce sobre su sobrina, ésta lo eleva á la categoría de confidente y embajador, rogándole, en una linda carta, que obtenga de su madre la aprobación del compromiso que desde hace varios meses la liga con un gallardo oficial de Saint-Cyr. Al pobre plenipotenciario no le queda más remedio que llevar á buen término su misión y acallar el despecho que experimenta al comprobar que no basta escribir cartas nutridas de sana filosofía y enseñanzas moralizadoras y ser un observador profundo, un sutil psicólogo y un artista exquisito para adivinar los secretos sentimentales y la voluntad resuelta, que ocultan, bajo apariencias frívolas y despreocupadas las pollitas de miradas límpidas y mejillas de rosa que avanzan, de cara al sol que nace, entonando el himno gozoso de su juventud triunfante.

ARACELI.

Mesa Directiva de la H. Camara de Diputados



Dr. Matías Planzanilla, 1er. Vicepresidente
Dr. Mario Sosa, Secretario

Dr. Juan Pardo, Presidente;
Sr. Augusto León, 2º Vicepresidente

Sr. Ángel Ugarte, Secretario
Sr. Lizardo Franco, Pro-Secretario

Fotos Moral

LA MUERTE DEL DIQUE

A mis compañeros de la Escuela Naval

ACABO de saber que el Dique Flotante del Callao, esa construcción negra que parece tan linda, fondeada un poco hacia fuera, detrás de pontones deshechos y de lanchas repletas de carbón, se ha hundido con crujiente estrépito de maderamen. Para mí, humilde apreciador de cosas con un criterio común, representaba ese dique flotante una buena parte de la vida estudiantil, indudablemente la mejor. La época que pasé a bordo del pontón «Perú» estudiando matemáticas para más tarde ser el hombre útil que ahora no puedo ser. Sí. Allí estudié esa famosa álgebra tan remachada á mis recuerdos, que tanta importancia tuvo á mis ojos, y á la que con gran dolor he visto más tarde desdeñada por todos los que se hallan vestidos con el uniforme seductor de la marina nacional ó con un diploma de la escuela de Ingenieros ó de la Facultad de Ciencias en el bolsillo. Pues aquel tiempo estudiantil que pasó para nosotros tan breve en ese buque-escuela destinado mas tarde á lazareto y que hoy ha vuelto á recobrar su antiguo título, ha sido el mejor de nuestra vida. ¡Y como no! Salvo las arremetidas de los profesores para conferenciarnos con esas bellas ciencias náuticas todo era una embriaguez para nuestras jóvenes imaginaciones. Desde luego había allí, como en todo colegio, los alumnos buenos, aplicados, y circunspectos y los abandonados, desastrados y ociosos. De estos últimos era yo, no hay que decirlo me acompañaban en esta tarea muchos jóvenes que hay son gerentes de salitreras ó que militan en elevados puestos. Muchos murieron en los engañosos espejismos de una fortuna pescada en el oriente peruano, y otros viven aún, como en aquel tiempo, desligados de todo compromiso y buscando todavía lo que podríamos llamar una *comodidad de alma*. Una actitud desconsolada en la vida. Nos levantábamos á las 6 y de allí subíamos á la *toldilla* ó sea la primera cubierta y nos entregábamos al empecatado y útil estudio de álgebra ó de geometría, sin profundizarla demasiado y desechando los teoremas antipáticos. Esto no era siempre, las más de las veces nos distraía del provechoso estudio la contemplación, que nunca llegó á hartarnos, de las demás embarcaciones que entraban y salían del puerto. Ya era el vapor de la ca-

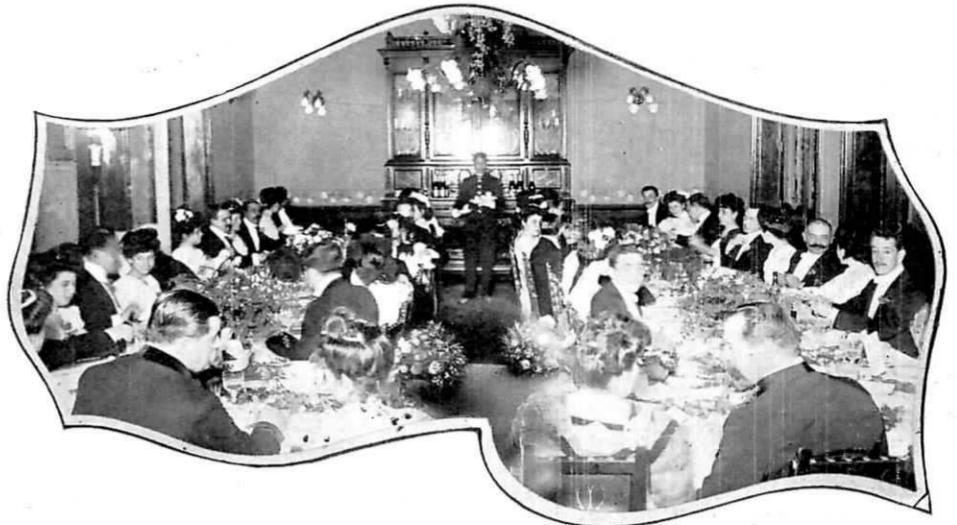
rrera, fondeado cerca de la multitud de botecillos fleteros. Ya eran magestuosos acorazados con su correspondiente séquito de salvas, ó barcos y fragatas con las velas hinchadas. Por lo demás nadie nos cuidaba. El hecho de que pudiéramos estudiar por convicción dejaba descansar á los profesores y brigadieres que eran tan alumnos como nosotros. Pero qué convicciones se pueden tener á los 12 ó 14 años? Nuestra convicción más arraigada era no estudiar. Y veíamos los buques, los botes, los mil incidentes marítimos. Uno de estos era la entrada al dique flotante de las embarcaciones. Aquello exigía una maniobra que duraba un día y que nos distraía muchísimo. El dique se sumergía casi hasta los bordes empleando sus válvulas de presión y luego entraba el buque averiado sin esfuerzo; el dique volvía á su línea de flotación empleando otra vez los mismos esfuerzos y las mismas válvulas. Y el encanto del espectáculo residía en ver al barco aprisionado sobresaliendo la proa cifrada con anillos romanos y la popa aleteándole el timón y la hélice. Cuando llegaban esos domingos del marino, en que se cierran los libros y las carpetas, pedíamos permiso para dar vueltas á la bahía en un bote. Muy rara vez nos concedían una falúa para ir á la isla de San Lorenzo, y nuestro cuidado más grande era curiosear el dique darle vueltas y revisar las quillas cubiertas de excrecencias verdosas que la rasqueta iba limpiando. Creíamos al dique un monstruo negro algo inquietante y nos acercábamos con religioso respeto. Y cuando más tarde he viajado y tenido ocasión de ver esos blancos y ridículos diques de Valparaíso, me he acordado de nuestro dique que hoy desaparece viejo, crugiente, cansado de haber trabajado tanto y de haber soportado sobre sí tantos barcos diferentes que entraron á él con las averías de la navegación y salieron limpios y ligeros á nuevas campañas. Y yo me pregunto. No habrá entre esta generación de marinos quien sienta como yo y que recuerde ese aparato fantástico puesto como un muro, allá cortando el horizonte? Quién sabe! De todos modos si ese espíritu existe le doy el pésame.

MANUEL BEINGOLEA.



Nuestra información gráfica

Un grupo de conocidos jóvenes ofreció un banquete en el Club Nacional, á las señoritas que tomaron parte en la veladada de Caridad. Como era natural en una fiesta de juventud y cultura, reinó la más exquisita cordialidad y alegría. Después de la comida invitadores é invitadas pasaron á los salones del Club en donde organizaron un pequeño baile, complemento necesario de fiestas de este género.



Banquete en el Club Nacional á las señoritas que tomaron parte en la v. laca de caridad
Inst. Grandjean

El Club Ciclista realizó el pasado domingo una bonita fiesta exportiva en honor de los marinos que trajeron los nuevos cruceros.

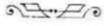
La fiesta, que se verificó en el Velódromo estuvo bastante concurrida por distinguidas familias, y los entusiastas jóvenes del Club desempeñaron los diferentes números con bizarría y lucimiento. Nuestro fotógrafo consiguió tomar algunas instantáneas interesantes, que reproducimos en una de las páginas de esta revista.

Continúa la muerte arrebatando con desoladora frecuencia las vidas de personas visibles de nuestra sociedad. En nuestro último número dábamos cuenta del fallecimiento de los señores José Eusebio Sánchez y Nicnor Leguía. Hoy cumplimos el deber de publicar el retrato del conocido caballero señor don Carlos M. Elías fallecido el 20, distinguido hombre público y virtualmente el jefe de la agrupación católica y conservadora del Perú. Fué el señor Elías en diversas ocasiones ministro de Estado, diplomático y director de Beneficencia y siempre procedió como hombre de gran cultura y preparación. El partido católico y la sociedad en general pierde un elemento prestigioso.

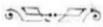
Ha fallecido también el doctor don Belisario Piedra,



médico homeópata muy estimado. Publicamos su retrato, enviando á su familia la expresión de nuestra condolencia.



En uno de los pasados números publicamos los retratos de los H. Senadores que componían la mesa directiva de esa Cámara. Hoy completamos nuestra información parlamentaria, con los retratos de los HH. Diputados que forman la mesa directiva, señores Juan Pardo (Presidente) Dr. Matías Manzanilla y Augusto León (Vicepresidentes), Angel Ugarte y Mario Sosa (Secretarios), Lizardo Franco (Prosecretario).



En las interesantes reminiscencias sobre el baile de la Victoria que escribió don Ricardo Palma y que publicamos en nuestro número del 28 de julio, refería el tradicionista que hubo un traje que valía más de cuarenta mil pesos ó sea próximamente unos cien mil soles de nuestra moneda actual. Para la confección de este traje fué necesario que la modista tuviera en su casa una guarnición, para precaverse contra los robos audaces que en esa época se cometían en Lima. Hemos tenido la suerte de que un relacionado de la dama que llevó el valioso traje nos proporcionara la fotografía que reproduce nuestro grabado.

Esta fotografía de la dama con el vestido que llevó á la memorable fiesta fué hecha por la primitiva casa Courret, pocos días después del baile. Todas las flores bordadas que rodeaban la falda llevaban engastados ricos diamantes y piedras preciosas. Bien se comprende así como un traje puede valer una fortuna. Sentimos no haber tenido oportunamente esta fotografía para haberla publicado como ilustración del hermoso trabajo de don Ricardo Palma.



Un norteamericano ilustre, Mr. L. S. Rowe, presidente de la Academia americana de Ciencias Sociales y Políticas de Filadelfia, nos ha honrado con su visita. En los últimos años la gran nación Americana se preocupa de estudiar los pueblos de Sud América y los hombres públicos y profesores de las universidades piensan que vale la pena conocer estos países, que por los pro-



Mr. L. S. ROWE

Foto, Moral

gresos realizados en los últimos diez años prometen en un futuro no muy lejano tener mayor significación é importancia en la política mundial que la que les quiere conceder la conferencia de la Haya. Esto creemos, creemos que con excepción de unos pocos países inquietos de la América Meridional los demás, entre los cuales está el Perú, merecen del mundo mayores consideraciones que Marruecos, Bulgaria y Montenegro. Desgraciadamente en Europa no se cree lo mismo y se nos considera indistintamente en el mismo grado de cultura y significación que los países semi bárbaros. Ojalá que Mr. Rowe inspirándose en una observación clara de nuestra vitalidad actual y de nuestras energías latentes haga comprender á sus conciudadanos con estricta justicia la gradación que, desde el punto de vista de las instituciones y las industrias hay entre los países que recorra. Cuando en Estados Unidos haya la justa apreciación de estos

países sabrá imponer, con el prestigio de su fuerza moral su concepto de Sud América, sobre los falsos é injustos conceptos que se tienen en esas conferencias de Paz que casi siempre resultan semilleros de discordias y resentimientos internacionales. Deseamos al señor Rowe una grata permanencia entre nosotros.



Enlace Sayán-Palacios Foto. Moral

Se han verificado recientemente dos enlaces, el del señor Dr. Hernán Noriega y la señorita María Leonor Rivero; y el del señor Dr. Samuel Sayán y Palacios. Ellas, buenas y bellas; ellos, inteligentes y honorables. Deseamos felicidad para los nuevos hogares.



Manta pescada en Tumbes

En la costa de Tumbes ha sido pescada la *manta ó diablo*, pues con ambos nombres se le conoce, que representa nuestro grabado. Durante mucho tiempo este pez monstruoso fué considerado uno de esos animales fantásticos, que como la serpiente marina, el leviatán y otros muchos viven en la imaginación de la gente de mar. Según la clasificación del célebre naturalista Brehm la manta ó diablo pertenece al grupo de los *dicrobotos* cuyos dos tipos principales son la raya espinosa y la raya romaguera. He aquí lo que dice el citado naturalista respecto á la manta «Levaillant refiere que en una ocasión cogieron en su presencia un *diablo* que medía nueve metros de ancho y siete de largo, fuera de la cola que tenía 0 m 60. El color era blanco en el vientre. El peso se va-



Enlace Noriega-Rivero Foto. Moral.

luó en mil kilogramos. Podrían calificarse de fantásticas estas relaciones si recientemente no se hubiesen observado y cogido varias veces gigantes análogos; por ejemplo uno que se pescó y mató cerca de Nueva York tenía casi el tamaño de una ballena y un peso de 5000 kilogramos. Para sacar este monstruo fuera del agua se necesitaron dos yuntas de bueyes, dos caballos y veintidos personas». El peje cogido en Tumbes no le va en zaga al citado por Brehm, pues, según los datos que nos remiten pesaba más de cuatro toneladas y se temió que rompiera con su peso la cadena del *Winche* en que se le suspendió. Entre las gracias del animalito refieren los pescadores que tienen la costumbre de tenderse á pocas brazas de profundidad cerca de las costas y que, cuando algún nadador se permite pasar cerca, elévase verticalmente, con el mayor cariño le envuelve, y en consonancia con su nombre le abraza por los siglos de los siglos en las profundidades del mar. Dios libre á nuestras lectoras de que el feo bicho sienta sus reales en las aguas de nuestros balnearios con la maligna intención de abrigar sus frescos y graciosos cuerpos.



Un vestido que valía una fortuna Fot. Courret.

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Esta mezcla extraña y exótica de gracias sultanescas se armonizaba con el estudio de nuestra gracia civilizada; estas ignorancias cándidas y estas intenciones de coquetería felina, estos voluptuosos ademanes que pretendían imitar púdicas reservas, me ofrecían el más encaudator asunto de estudio que haya podido emprender jamás filósofo alguno. He de confesarte, sin embargo, que la educación de su inteligencia no caminaba al mismo paso que esta cultura superficial y las exponía á incurrir en numerosos solecismos. Tenía, además, interés en mantenerlas en cierta ignorancia de las leyes absolutas de nuestra sociedad. Imbuídas en sus creencias nativas, su credulidad aceptaba sin vacilar cuanto á mí me agradaba contarles acerca de las costumbres de los «harenes de Francia», y ellas se quedaban conformes sin pretender saber más.

Fueron naciendo no obstante en su espíritu, principios de independencia y de voluntad que debían irse afirmando á medida que aumentaba la elevación de sus sentimientos. La noción de un amor más tierno y más verdadero les servía en adelante de arma contra mi autoridad absoluta.

Satisfecho con ser un amante más bien que un amo, no perdía yo nada en ello. El amor adquiere mayor viveza con esas mil lindas estratagemas de una mujer que ama, que quiere.... y no quiere. Y yo poseía cuatro mujeres. Por su parte, no teniendo otra ambición ni otro cuidado que el de agradarme como único objeto de su común cariño, cada una de ellas se esforzaba en conquistarme para obtener alguna ventaja sobre sus rivales, y esta emulación no dejaba de tener encantos para mí. Sin embargo aunque procedía en mis pruebas de cariño con rara equidad no siempre podía evitar disputas y celos. Eran entonces de ver las tristezas, los tiernos reproches y las nubes que se deshacían en llanto. Volvían á hacer las paces con ruidosa alegría; pero tú no sabes lo que cuesta mantener dentro de la concordia de un perfecto hogar á aquellas imagiaciones volubles, exaltadas por el sol de Oriente, que mezclaban sus supersticiones con las ideas superiores que yo trataba de inculcarles y que á veces tomaban en sentido contrario. Todo esto producía encantadoras originalidades. Mis animalitos se iban convirtiendo en mujeres, y, con el sentimiento de un amor más reflexivo, veía nacer también caprichos de coquetería infantil á la menor sospecha de preferencia de que creían poder acusarme.

Has de saber que Konyé-Gul, que es muy inteligente, se había puesto á estudiar con gran ardor. Siguióse de esto naturalmente que se aprovechó de mis lecciones mucho más que las otras. En tres meses aprendió regularmente el francés y ella era la que les traducía las novelas. Esto solo le daba ya cierta superioridad que bastaba á excitar envidias, si, por añadidura no hubiera ocurrido su famosa escapatoria al castillo de que aquella loca le hacía relatos maravillosos para echárselas de favorita. Debo agregar también que Konyé-Gul, celosa hasta lo sumo, no solía siempre contener su fogosa cólera. No sé en verdad porque causa excitaba Hadiyé sus temores de un modo especial, y como Hadiyé tenía la cabeza muy ligera, resultaron entre ambas ciertos piques y resquemores; no eran sin embargo estos sino ligeras brumas en el azulado ciclo de mi existencia. A la pasividad del harén había yo substituído el amor; á la obediencia, el espontáneo impulso del corazón y las libres expansiones.

Debo agregar sin embargo también que, á medida que se elevaban en el conocimiento de las más puras nociones de la verdad, mis huríes conservaban demasiados vivos los instintos de su raza para no enorgullecerse como los niños de su nueva situación. Iguales todas en los derechos, aspiraban á ocupar el mismo puesto. Resultó de aquí que Hadiyé, Nazlí y Zura, sin-

tieron al fin celos de Konyé-Gul. Esta cometía la imprudencia de aspirar á sobrepujarlas. «Konyé-Gul, decían ellas, quiere pasar por sabia y se las echa de sultana validé». Debo confesar que ella hacía todo lo posible por hacer resaltar tales ventajas, de que estaba no poco orgullosa. Una noche se sentó al piano y, como quien no hace nada, tocó un trocito de un vals que había aprendido en secreto para sorprenderme. Puedes adivinar el efecto. Aquel triunfo llevó á su colmo la excitación de las demás y la velada se pasó en disputas. Al fin un día, al llegar al harén, hallé á Konyé-Gul encerrada en su cuarto y deshecha en lágrimas. La tormenta, que había tardado tanto en formarse, había descargado al fin sobre su altiva cabeza: Hadiyé, Zura y Nazlí le habían dado una paliza.

Traté de apaciguar la discordia mediante una nueva declaración de principios. La reconciliación quedó sellada con muestras de efusión general; pero había nacido una facción. Cuando menos lo esperaba, Nazlí, Hadiyé y Zura volvieron á su idea de visitar en secreto el castillo. Aquel proyecto, siempre acariciado por ellas y que sólo había dado lugar hasta entonces á escaramuzas sin consecuencia, tomó entonces cuerpo y las tres combinaron sus maniobras de sitio con rara inteligencia, atrevimiento y prudencia. Su arma era la ternura y esas mil zalamerías femeninas que nos hacen siempre ceder á sus más injustos deseos. Mi hogar oriental no era ya una balsa de aceite.... bajo las flores se ocultaba la trampa. Al cabo de algunas semanas, cuando me hubieron aprisionado en las sutiles redes de su astucia, cambiaron unánimemente de táctica. No me volvieron más á hablar de Ferouzat, pero empecé á ver surgir, un día y otro, caprichos frívolos, piques repentinamente, negativas inesperadas.....

Mis odaliscas se habían civilizado.

Era yo demasiado buen táctico para dejarme vencer por aquel juego de coquetería de cuyo perfecto acuerdo fugía no darme cuenta. Apenas se figuraban haber obtenido la menor victoria sobre mí, fijaba en seguida la atención en Konyé-Gul y la facción se desbandaba, rindiéndose á mi albedrío. Desgraciadamente Konyé-Gul, confiando en mi debilidad para con ella, quiso obtener una victoria decisiva mediante un golpe de efecto. Habiéndome acompañado una noche hasta la puerta secreta, pasola de pronto riendo y emprendió la carrera hacia el castillo á través del parque de Ferouzat. Lancéme tras ella y no tardé en alcanzarla, por impedirle la marcha sus babuchas y su vestido de cola. Condújela nuevamente al harén donde las otras parecían aguardar, llenas de emoción, el resultado de tan audaz tentativa. Allí supe que se había vanagloriado de conseguir sobre ellas este nuevo triunfo. El escándalo era público. Después de semejante acto de rebelión, hacía falta una lección; me mostré severo y á esto siguió una escena terrible. Konyé-Gul era demasiado orgullosa para humillarse ante sus rivales que se regocijaban de su derrota. Extraviada por el despecho y arrastrada por su orgullo, se indispuso por completo conmigo; durante tres días se mantuvo altiva, arrogante y aceptó su desgracia sin dignarse dar un solo paso hacia la reconciliación.

(Continúa.)

